



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE AGOSTO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Hay noches que parecen infinitas

NUNCA SABEMOS CUÁL

SERÁ LA PENÚLTIMA.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Un par de vecinas lo vieron caer en la calle, mientras paseaba a su perrita. El viejo de setenta y cuatro años se desplomó súbitamente, de la nada le temblaron las piernas y cayó de lado, para luego girar boca arriba. Las mujeres salieron de la cochera y se acercaron para preguntar cómo se encontraba. El hombre apenas mostraba un poco de consciencia. “¡Es Don Luis!”, dijo una de ellas. “Déjame voy por la camioneta”. “¿Cómo se encuentra, señor?”, preguntó la que permaneció junto a él. Escuchó un gemido como respuesta. Segundos más tarde, el viejo logró decir: “No me aguantaron las piernas”, e intentó levantarse, sujetando aún en la mano derecha la correa de su perrita. Con dificultad pudo sentarse. “Déjeme lo ayudo. Voy a meter a su mascota al carro”. Luego lo incorporó y lo ayudó a trepar en el asiento de atrás. La dueña del vehículo condujo dos cuadras y media. La que venía como copiloto fu la primera en descender para tocar a la puerta de la casa. La mujer de Don Luis abrió. “Doña Lupita, hálamos a su marido tirado en la calle. Parece que le fallaron las piernas. No sabemos si se golpeó la cabeza; no puede hablar muy bien”. Para ese momento, Don Luis ya venía por su propio pie acercándose a la puerta. La conductora lo vigilaba detrás, con la perrita en brazos. Subió él solo al recibidor de su casa y se mantuvo parado, escuchando cómo su mujer le hacía preguntas. “Ya estoy bien, Lupita. No sé por qué me fallaron las piernas”. El silencio entre los dos era el puente a través del cual, el sonido del televisor iba y venía de una pared a otra. “Lupita”, de pronto dijo Don Luis, “llévame al hospital, creo que me voy a volver a caer”.

“Tu papá se cayó, estamos en el IMSS”, le escribió Doña Lupita a su hijo por celular, luego de que este les intentó marcar a través de videollamada y la conexión falló. “Parece que se debe quedar toda la noche y no hay camas, lo tienen en una silla de ruedas. Ahí se quedó dormido”. A mil kilómetros de distancia, el hijo le escribió a Doña Lupita: “Vete a dormir, Mamá. Nada más pregunta a qué hora puedes pasar por él en la mañana”. Había sido una microem-



bolia cerebral. Un coágulo de sangre que se había formado, desprendido de algún vaso sanguíneo, se trasladó al cerebro. Eso les explicó el doctor en turno. De ahí vinieron más exámenes y más descubrimientos: El deterioro cerebral que le iba destruyendo la memoria, los niveles elevados de azúcar en la sangre y finalmente, el cáncer en estado avanzado. El hijo de Don Luis viajó por carretera los mil kilómetros de distancia durante esa Navidad, para presenciar todos y cada uno de los diagnósticos. Al final, simplemente no podía desprenderse de la casa paterna. Y entre las vueltas que daba a tomar café tratando de distraerse y de resolver problemas de trabajo a la distancia, contrajo Covid. Fue muy tarde para cuando lo descubrió. Don Luis comenzó a pasar noches de temperatura que solo se le bajaban con dosis fuertes de medicamentos.

El hijo de Don Luis creía en los milagros, solo que no sabía cómo pedirlos para alguien más. Comenzó a ir a la Iglesia. Observaba a la gente que iba y venía en la capilla, y que el círculo de rezos nunca se apagaba, ni el lugar se quedaba solo. Para cuando la estadia del hijo llegaba a su fin, algunas pequeñas mejoras podían notarse en Don Luis. El

hijo invitaba al viejo a tomar un café de vez en cuando. ¿Sería la última vez que se verían? Luis chico no dejaba de agradecerle al viejo por todos los recuerdos con los que se quedaba.

El penúltimo día de su estadia, a Luis, el hijo, le tocó acompañar a los viejos para que Don Luis recibiera la primera vacuna con la que se le trataría el cáncer. Saliendo del hospital, el viejo dijo: “Esto pica como chile, y no sabes las ganas que traigo de una cerveza. Una negra modelo. ¿Cómo ves, Luisito? La penúltima, porque la última será cuando me muera”. El muchacho respondió: “En unos meses, Papá”.

Y Luis chico se imaginó en el asiento trasero de un taxi, viajando con su padre, recorriendo la ciudad de Monterrey hasta llegar a la calle de Madero, bajando en la esquina con Diego de Montemayor, para luego entrar al bar de paredes exteriores color crema, con aire acondicionado, repleto de jueces y abogados, y de gente joven y vieja. Pensó en su Padre ordenando cerdo enchilado y un par de cervezas acompañadas por otro par de tequilas. Si tan solo hubiera otra oportunidad, se quedó pensando Luis el chico.

UN DÍA COMO CUALQUIER OTRO

OLGA DE LEÓN G.

*De noche cuando me acuesto
y las estrellas titilan a lo lejos
me parece escuchar sus voces,
acompañadas por gaitas y lirás.*

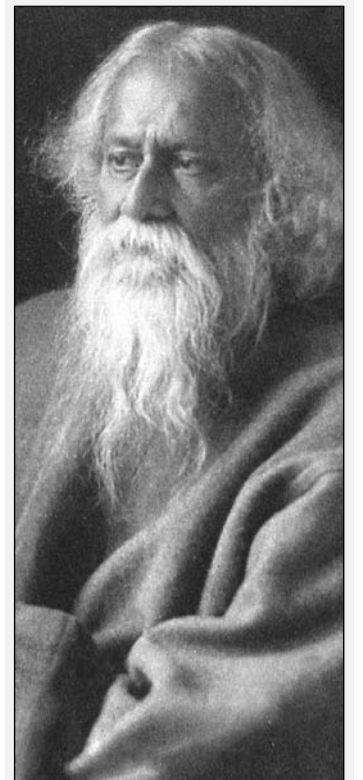
*Dicen que soñar con nuestros muertos
no es cosa de azar ni de albures.
Quizá sea querer estar con ellos
o pedir su ayuda, para seguir
viviendo, en este terrenal mundo.*

*Ya no sueñes amor,
con los que se fueron.*

*Quédate conmigo,
sigue soñando algo
que de ilusión y amor
llene tu noble corazón.*

*La noche se anuncia como larga.
Mas prefiero una noche eterna
e infinita
que muchos días sin sol.*

*Por el resto de mis días...
Que siempre sean:
¡como cualquier otro día!*



Rabindranath Tagore

Escritor indio. Es el más prestigioso escritor indio de comienzos del siglo XX. De origen noble, era el último de los catorce hijos de una familia consagrada a la renovación espiritual de Bengala, y se educó junto a su padre en el retiro que éste tenía en Santiniketan. En 1878 fue enviado a Gran Bretaña, donde estudió literatura y música.

Evocó este viaje en Cartas de un viajero (1881), que publicó en el periódico literario Bharati, fundado por dos de sus hermanos en 1876. De la misma época son los dramas musicales El genio de Valmiki (1882) y Los cantos del crepúsculo (1882), y la novela histórica La feria de la reina recién casada (1883).

En 1882, unas experiencias místicas le llevaron a escribir los Cantos de la aurora (1883). En este mismo año casó con una joven de dieciséis años, y a partir de entonces se dedicó a administrar los bienes de la familia de su esposa y a viajar por toda Bengala. En 1890 realizó un segundo viaje a Gran Bretaña. De este período son las colecciones poéticas Citra (1896) y El libro de los cumpleaños (1900).

En 1901 fundó una escuela en Santiniketan (Hogar de la Paz), en la que estructuró un sistema pedagógico que defendía la libertad intelectual del ser humano. En 1904 publicó el ensayo político El movimiento nacional, en el que se pronuncia en favor de la independencia de su país. En 1910 apareció La ofrenda lírica, una de sus obras más conocidas.

A partir de 1912 recibió numerosas invitaciones para pronunciar conferencias en Europa, EE UU y algunos países asiáticos, labor que le sirvió para acrecentar su prestigio. Durante la I Guerra Mundial, y al agudizarse la agitación en la India, tuvo que definir su postura política y adoptó una postura pacifista exenta de nacionalismo. En sus últimos años se dedicó casi por completo a la administración de su centro de estudios, que a fines de 1921 se convirtió en universidad internacional con el nombre de Visva Bharati, y fue declarado universidad estatal en 1951.

De su extensa producción literaria cabe citar además los dramas Kacha y Devayani (1894), El carterero del rey (1913), Ciclo de la primavera (1916) y La máquina (1922); las novelas Gora (1910) y La casa y el mundo (1916); los poemarios La luna nueva (1913), El jardinero (1913) y La fugitiva (1918), y algunas colecciones de sus conferencias, como Sadhana (1912) y La religión del hombre (1930). Recibió el premio Nobel de Literatura en 1913.

Sergio Ramírez

La historia como delirio

En Delirio Americano, Carlos Granes cuenta, de manera lúcida y exhaustiva, la larga aventura de invención y reinención de América Latina, tal como he escrito en Política & Prosa. Y, entre tantas cosas, llegamos a saber que los filósofos han estado casi ausentes a la hora de dilucidar las propuestas de nuevos modelos políticos y sociales. Son los escritores quienes han cumplido ese papel, convertidos en ideólogos.

Los escritores fueron capaces de contemplar una realidad por transformar, y se atrevían a buscarle una filosofía, como en el caso de José Enrique Rodó, con Ariel, o de Domingo Faustino Sarmiento con Facundo. Sarmiento, que además de novelista, fue político, y militar, y llegó a ser presidente de Argentina.

Pero, desde entonces, va a producirse una dicotomía entre el escritor que busca, y la realidad que no se transforma de acuerdo a sus sueños y visiones. El ideal va a convertirse entonces en utopía, y la realidad de atraso y miseria se volverá entonces un cebo literario, y al mismo tiempo ideológico. Más tarde, las utopías se convertirán en distopías. Los sueños de la razón, que engendran monstruos.

Hay un momento en que el libertador que se sube al caballo para librar las luchas de independencia, contiene también al intelectual hijo de la ilustración, y así mismo al escritor, basta recordar las cartas de Bolívar, verdaderas piezas literarias; o los diarios de viaje de Francisco de Miranda. Todos tienen una visión ecuménica, como creadores de naciones, y son hijos de Rousseau y de Voltaire. Su pasión es crear un Nuevo Mundo.

El fundamento ideológico de Rodó, cap-

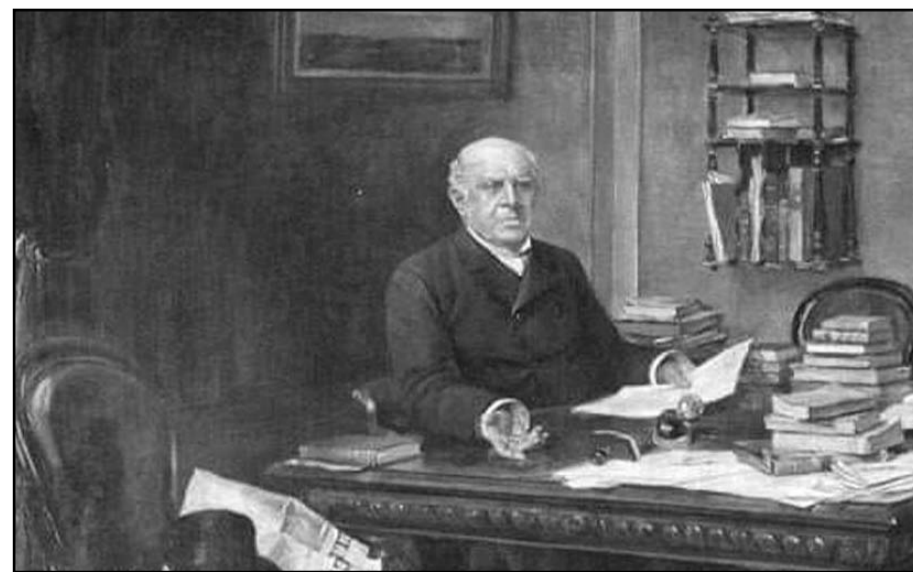
ital en la formación del pensamiento latinoamericano, como Granes viene a mostrarlo, es la lucha planteada entre Ariel y Calibán. Pero Calibán también es Facundo, el salvaje al que civilización debe domeñar para que haya naciones verdaderas. Esa formidable contradicción creada en el siglo diecinueve, entre proyecto de nación utópica y realidad espuria, viene a ser parte del mito americano. Y del delirio.

Orden institucional contra dictadura cerril. La perfección de los sueños históricos y la terca realidad heredada. Mundo rural y modernidad frustrada. Choque de razas y mestizaje. Orden y anarquía. Centralismo versus federalismo. Civilización contra barbarie. Es a los escritores a quienes toca dilucidar estas contradicciones, y plantear, incluso, propuestas de cambio o reforma, como la que contiene la novela Doña Bárbara de Rómulo Gallegos, donde sigue campeando el espíritu de Ariel contra los apetitos oscuros de Calibán.

Es la novela que llega a expresar una filosofía, un deber hacer, que propone una norma. Gallegos no duró mucho en el poder para poner en acción sus propuestas civilizadoras, derrocado por los militares nueve meses después de haber sido electo presidente de Venezuela.

El mestizo empieza, entonces, a luchar contra sí mismo. Luchamos a partir de Facundo contra el salvaje que todos llevamos dentro. Queremos elevarnos a las alturas espirituales de Ariel. Y, mientras buscamos con delirio nuestra identidad americana, intentamos dilucidar los modelos políticos.

Los atributos de guerrero, intelectual, escritor, que al principio se presentan jun-



tos, como en Bolívar o Miranda, o como en Sarmiento, se separan con el tiempo, y los intelectuales, desarmados, entran en contradicción con los caudillos, que nunca dejan las armas y las vuelven su razón de ser, y de poder.

Alguien que es sólo poeta, y pensador, como José Martí, carece de credenciales suficientes y tiene que legitimarse, subiéndose al caballo, frente a las armas y quienes las empuñaban como caudillos militares. Y le va la vida en ello. Al revés, someter el poder militar al poder político ha sido uno de los grandes delirios de nuestra historia, y la frustración más relevante.

Es precisamente con el modernismo, que representa la modernidad a finales del siglo diecinueve, cuando se da la separación de papeles entre escritores de oficio y políticos de oficio. Salvo Martí. Escritores, que son a la vez pensadores y tienen sus propias visiones americanas, contrarias al creciente dominio de los Estados Unidos. El antimperialismo pasará ahora a encarnar la lucha entre Ariel, el espíritu de la América indohispana, y Calibán, con sus legiones avasalladoras de

“búfalos de dientes de plata”.

Uno de los grandes aciertos del libro de Granes es fijar el papel de las vanguardias dentro del contexto político latinoamericano. Al llegar el siglo veinte, América está todavía por hacer, y por interpretar, y las vanguardias ensayan a darle un sentido al futuro que aún no ha sido dilucidado.

Y, a la vez que revolucionan las letras y las artes, los vanguardistas terminan alineándose en los dos grandes polos que vendrán a surgir en el siglo veinte, fascismo y comunismo, hasta llegar a las propuestas totalitarias que se consolidan en vísperas de la segunda guerra mundial, y que arrastran a unos del lado de Stalin, y a otros del lado de Hitler, Mussolini y Franco.

Las propuestas atrevidas de renovación artística, y la insolencia de las protestas contra el statu quo, vendrán a acomodarse a los moldes políticos ortodoxos. Son parte del gran delirio de la utopía que se despeña hacia la entropía en el siglo veintiuno. Revoluciones que han terminado en involuciones, escenografías triunfales en harapos, sueños de redención pervertidos por dictaduras y populismos de pesadilla.

ad pédem literae

*Divide las dificultades que
examinas en tantas partes
como sea posible para su
mejor solución.*

René Descartes

**Letras de
buen humor**

*Dicen que el mono es tan
inteligente que no habla para
que no lo hagan trabajar.*

René Descartes